

de la civilización desaparecería con la rapidez del rayo; hasta todos los bárbaros y todos los salvajes imitarían el ejemplo dado; por el mundo entero se difundirían cerca de tres millones de falanges, cuyas serían presididas cada una por un unarca; luego habrían grupos presididos por dos duarcas,—por cuatro,—por triarcas,—por doce,—por tetarcas,—por cuarenta y ocho,—y en fin, á la cabeza de todos los tres millones un omniarca que residiría en Constantinopla convertida en capital del mundo; ese jefe sería pues el único amo del reino terrestre, con una sola lengua universal,—el francés,—á cuyo lado el imperio de Napoleón y de la grande nación no parecería más que como una construcción de pigmeos.

»Esta multiplicación de los cetros y de las *mag-naturas*, que salvo para algunas funciones hereditarias habían de ser puestos electivos anuales, accesibles á todos, hasta á los más pobres y á las mujeres, satisfarían hasta los más vastos apetitos de gloria y de interés personal. «Las pasiones formarían una inmensa orquesta de ochocientos millones de caracteres y cambiarían el globo terrestre en un paraíso.»

»Tan pronto fuera un hecho esta organización, el hombre, muy lejos de ser un gusano de la tierra, como se le llama, habría por medio de su obra, mostrado al mismo Dios el camino de una nueva fase mucho más completa de la creación; una corona de aurora boreal se fijaría en el polo Norte, y daría á Siberia la dulzura del cielo de la Andalucía; fundiría los mares glaciales haciéndoles navegables, y daría á todos los mares desalados un cierto gusto de limón; luego todos los monstruos marinos, esos emblemas de nuestras pasiones, serían domados y puestos al servicio del hombre, las ante-ballenas serían enganchadas en los buques á guisa de caballos marinos.»

Este exacto y compendioso resumen de la doctrina fourierista, servirá más que todo lo que hasta aquí hemos dicho para conocer el carácter de los tiempos que se alcanzan luego, al levantar sus vuelos.

Compréndese, desde luego, que lo mismo Saint-Simón que Fourier, durante la época napoleónica, no inspiraran más que risa. La manera de regenerar la humanidad la veían los hombres de entonces en los senados consultos de Napoleón I; por consiguiente, los dos grandes reformadores no podían esperar no ya una buena acogida, sino ni que alguien les hiciera caso. Por esto Saint-Simón, mientras disfrutó su grande fortuna, fué considerado como un

hombre amable y de buena sociedad, desgraciadamente monomaniaco ó utopista; pero cuando su fortuna se consumió en sus salones, en donde en verdad acudía una sociedad selecta en la cual no escaseaban los hombres de ciencia, y se vió a Saint-Simón bajar uno á uno los escalones de la grandeza, hasta parar en mendigo público, entonces su doctrina, que no había inspirado más que risa, inspiró compasión, y como la compasión engendra la simpatía, las desgracias de los dos reformadores acabaron por darles un cierto número de adhesiones que en vano procuraron antes buscar con sus lucubraciones.

Dicho se está que la caída de Napoleón dió un gran realce á los dos regeneradores, por cuanto, como ya hemos visto, la manía de lo trascendental se había apoderado de las testas coronadas, que con su proyecto de Santa Alianza, de paz universal y de concordia entre los pueblos europeos, daban crédito á todas las fantasías de los apóstoles del socialismo moderno.

Así, «lo que encuadraba perfectamente con el movimiento de los espíritus de ese tiempo era que, á favor de las excitaciones filantrópicas, Roberto Owen celebraba en ese momento sus más grandes triunfos. La acción ejercida por él en Lanark, le había creado una reputación europea: millares de personas, príncipes y obreros, iban á visitar su establecimiento; formóse á su alrededor en Inglaterra un partido que le determinó á ocuparse de nuevas tentativas para fundar otras colonias de ensayo, haciendo que á ellas sacrificase en absoluto su reposo, su tiempo y su dinero. De conformidad con sus recomendaciones y sus indicaciones, el gobierno de los Países-Bajos introducía colonias de pobres en Holanda. Luego Owen presentó á los príncipes reunidos en Aix la Chapelle,—1818,—una Memoria sobre la miseria creciente de las clases pobres, miseria que aumentaría á pesar del nuevo vuelo de la industria, y á la cual no se podía poner remedio, según él, como no se reemplazaran las grandes fábricas por pequeños pueblos manufactureros, organizados de conformidad con sus principios comunistas.

«En efecto, durante este intervalo, Owen había pasado de la práctica á la teoría, y por su doctrina de la felicidad universal había principiado á hacer concurrencia á Saint-Simón y á Fourier. Sus experimentos personales le habían dado la convicción que el hombre es juguete de un estado de cosas contra el cual no puede luchar por ser el resultado de una falsa educación; que sus malas pasiones no han sido sino ingertadas por malas compañías, por

cuanto carecen de toda raíz natural, siendo, por lo tanto, injusto hacerle responsable de sus acciones cuando carece en ellas de toda libertad; que, en fin, la tarea que hay que cumplir consiste en dejar libre curso á sus innatas inclinaciones, dándoles una saludable dirección. Entre los más grandes males engendrados por una educación viciosa y por las malas compañías, colocaba «la execrable trinidad» de la religión positiva, de la propiedad personal y del matrimonio indisoluble.

»Descartar esos dogmas consagrados por un siglo en oposición directa con las leyes de la razón, era el fin hacia el cual debían tender en adelante todos los esfuerzos de ese hombre, cuya dulzura llena de paciencia se había cambiado en devorante ambición. Efectivamente, con una jactancia vanidosa, se había erigido en profeta, cuya misión era la de revelar el sistema racional de una organización religiosa y social. Por medio de la institución de sus *Sociedades cooperativas*, á cuyas habían de pertenecer todos, contaba nivelar las desigualdades del espíritu y de la propiedad, desarmar todo rencor y abolir la última servidumbre, la de la indigencia, puesto que la servidumbre de la persona, la esclavitud, y la del trabajo, la servidumbre, habían ya caído.

»Al abandonar la vía hasta entonces seguida y al aplicar mal el principio del utilitarismo de Bentham que excluía todo ataque á la propiedad, gracias á la noción de justicia inherente á su sistema, Owen retrocedía á la igualdad completa y comunista, tal como Babeuf la había querido. En tanto la teoría de Bentham tenía el egoísmo por base, Owen partía de la carencia de toda voluntad en el hombre y de lo imposible de hacerle responsable, como de una ley de la naturaleza, para llegar al mismo endemonismo que el filósofo inglés, doctrina que considera la dicha y las delicias de la vida como el fin de la existencia humana.

»Si se examina esta nueva doctrina, que de una manera tan notable ora se pone en contacto, ora en oposición con las fantasmagorías de Saint-Simón y de Fourier, se comprende que la obra, con la cual empezó Owen su carrera de escritor, hubo de inaugurar una acción recíproca ejercida por esos tres hombres, á quienes en parte alentaban y fortificaban sus opiniones y en parte recíproca y mutuamente se combatían.

»Posible es que todavía fuera un estimulante más directo para los dos filósofos franceses los brillantes éxitos exteriores del escritor inglés. En las sociedades cooperativas de Owen, es decir, «en la asocia-

ción simple ó cortada,» veía Fourier el medio de pasar á los grados de transición que conducen de la civilización á la armonía. Púsose, pues, Fourier—á partir de 1818,—á escribir su obra principal, su *Tratado de la Asociación doméstico-agrícola*, que quería enviar á Owen: «Si éste, decía, se decidiera á unir las pasiones á la industria, se podría considerar como asegurada la entrada en el séptimo período del socialismo.»

«Fourier, que desde el principio había acabado enteramente su sistema, no tenía en realidad que dar nada nuevo en su *Tratado de Asociación doméstico-agrícola*. Por lo contrario, para Saint-Simón, la gloria de Owen era un poderoso motivo para hacerle entrar todavía más adentro en el nuevo campo de las especulaciones. En las obras que sucesivamente fué publicando, *La Industria*,—1816-1818,—*La Política*,—1818,—*El Organizador*,—1819-1820,—*El Sistema industrial*, 1821-1822,—*El Catecismo de los industriales*,—1823-1824,—y que compuso con la colaboración de varios jóvenes escritores, colocó la industria en el primer plan de sus intereses. Consideró desde entonces el trabajo industrial como la sola condición de la fuerza y de la riqueza. Los trabajadores que todos viven en estado de necesidad y de quienes nadie puede pasarse, serán arrancados á su subordinada posición; en efecto, la clase industrial talmente ha relevado su condición social, que tiene derecho á pretender al poder universal, del cual puede tomar por sí misma posesión. A los ojos de Saint-Simón, la nobleza y el clero han perdido toda su importancia. Ataca la existencia de los ejércitos permanentes, lo mismo que la de los funcionarios inamovibles del orden judicial. A fin de hacer pasar á manos de los industriales el gran poder político, hasta entonces poseído por esas clases dominantes y ávidas de dominación, no hay necesidad más que de aplicar un simple medio legal: se necesita únicamente entenderse para componer con industriales la segunda cámara que, gozando del derecho exclusivo de votar los impuestos, posee el más grande poder.

«En su *Sistema Industrial*,—1821-1822,—proclamó Saint-Simón ya el principio del derecho al trabajo, pedía en su primer artículo que, garantizara el presupuesto al proletariado el derecho á vivir, concediendo trabajo á los hombres vigorosos y dando socorros á las gentes desprovistas de fuerzas. Fourier había hecho ya la misma petición en la primera de sus obras publicada por él: su *Tratado* establece sobre una base bíblica ese derecho, el más importante de todos los derechos del hombre: «Dios,



dice, condenó al primer hombre al trabajo, pero no á la privación del trabajo.»

Fourier acababa con esto de proclamar una sentencia rica en consecuencias. No era esta la sola idea por medio de la cual él y Saint-Simón preparaban de una manera igual la vuelta al radicalismo en Francia, de la misma manera que, por sus asociaciones obreras Owen había abierto el camino al charlatanismo inglés. En su *Tratado*, Fourier hizo un llamamiento á los liberales, para conjurar la tempestad de la contra-revolución que se levantaba en el horizonte y que les amenazaba; así quería oponerle para contrarrestarla, la fundación rápida de su asociación, lo que decía, dar á su jefe el imperio de un César y á sus miembros principales, reinos. Saint-



Friso del monumento de Federico Guillermo III, por DRAKE.—Berlín

fuertes sostener á los primeros que les auxiliaban, mostraron que el comunismo de Owen conducía á la anarquía y á la disolución social.

A mayor abundamiento, y esto era lo más grave y lo que más les obstruía el paso, «en el mundo práctico, los progresos de las ciencias técnicas y mecánicas habían operado milagros más grandes de los que pudo ejecutar el armonismo de Fourier. Desde mucho tiempo há, la ciencia había encargado á la naturaleza misma los trabajos más penosos, sometiéndola por las máquinas al servicio del hombre; en esta misma época, se principiaba, por medio del vapor, á hacer marchar los buques por el mar de una manera más segura de lo que se hubiera hecho por medio de las ballenas domadas de Fourier. El precio del trabajo y de los trabajadores había aumentado de una manera extraordinaria, comparado con el de los pasados tiempos, y sin que hubiese sido necesario recurrir á una nueva teoría industrial. Más aún, el Estado y la Sociedad habían entrado en todas partes por el buen camino, procurando relevar las bajas clases por medio de una caridad más amplia y por medio de casas de corrección y de cajas de ahorros; no solamente se pro-

Simón por su lado predicaba en su *Catecismo de los industriales*, doctrinas igualmente radicales y anti-dinásticas,—1823-1824,—«En tanto que la sociedad, decía, no haya alcanzado todo su crecimiento, precisa un gobierno; mas por cuanto la ciencia y la industria han hechos progresos suficientes, no tienen ya necesidad de un gobierno y se pueden contentar con un orden administrativo é industrial.»

Pero á este nuevo período de actividad de nuestros regeneradores que comprendió los diez primeros años de la Restauración de los borbones, no siguió un período igual en el favor público. Antes al contrario, el triste desencanto de la obra de Owen en la colonia de Nueva-Armonía, en donde se vió á los holgazanes prevalerse de su posición, y á los

raba acercarse cuanto fuera posible al comunismo por medio de las expropiaciones y de las sociedades de seguro, é introduciendo en todas partes la obligación general de servir en las filas del ejército y de enviar á los niños á la escuela, sino que también se trató de realizar, en los límites de lo posible, el ideal del socialismo por la mayor extensión dada al principio de la cooperación en las sociedades por acciones, en asociación por la corporación móvil.»

La lucha entre la teoría y la práctica, era, en verdad, insostenible. Mientras los regeneradores querían, para llegar á mejorar el estado y condición de los pobres, reconstituir la sociedad bajo nuevas bases, los jornaleros veían que los antiguos moldes eran bastante grandes para poder recibir en ellos las nuevas ideas. El progreso se hacía, aunque fuera lentamente, y el obrero podía con tranquilidad esperar del prodigioso desarrollo de la mecánica, un inmediato mejoramiento en su condición social.

Delante, pues, de la realidad, las adhesiones que habían encontrado Fourier y Saint-Simón, se fueron debilitando, y lo mismo Sacy y Comte que Thierry, el hijo adoptivo de Saint-Simón, ó les abandonaban ó iban dando nueva determinación y camino á sus

doctrinas. Esto dió por resultado que el dulce y suave Saint-Simón se pusiera nervioso y frenético, acentuando su tendencia radical, logrando que Laffitte y Ternaux que le daban dinero, visto su desgraciado estado, para que pudiera publicar sus obras, le retiraran su concurso, al notar que cada vez eran más peligrosas sus doctrinas para la seguridad del Estado.

Este golpe no pudo aguantarlo Saint-Simón, y resolvió poner fin á su vida,—1823,—pero la muerte no vino por él hasta el 19 de Mayo de 1825, que le encontró fiel á sus doctrinas; sus últimas palabras fueron «el porvenir es nuestro.»

Como acabamos de ver, el Saint-Simonismo no existió en vida de su fundador, la nueva escuela ó

partido apareció tan pronto dejó de existir el maestro. Entonces se olvidaron sus disipaciones y su vida crapulosa sostenida mientras tuvo dinero, y no quedó de él más que el recuerdo del hombre que siempre estuvo á disposición de sus amigos, del hombre bueno, amable, que había principiado su carrera de reformador gozando una gran fortuna para morir en medio de las más grandes privaciones.

El núcleo de amigos ó de discípulos sintieron el verse solos animados por el recuerdo de su maestro, y fundaron *El Productor*,—1825,—pero esta revista no pudo aguantarse, los suscritores no vinieron.

Mas á medida que la exaltación política crecía, que nos íbamos acercando á la Revolución de Julio, el pueblo prestaba atención á los reformadores y és-



Friso del monumento de Federico Guillermo III, por DRAKE.—Berlín

tos, viéndose sostenidos, se adelantaron á su vez, y en 1829, había cátedra de Saint-Simonismo en la calle de Taranne, en París. Bazard era hombre de acción, hombre de ideas revolucionarias, carbonario impenitente y siempre comprometido en conspiraciones. Ahora bien, fué este hombre quien se puso al frente de la religión de Saint-Simón, pues desde el punto y hora en que el maestro publicó su *Nuevo cristianismo*, del que quería ser él Papa, se había abandonado por los sectarios el nombre de «escuela,» para tomar el más sonoro de «religión.»

Bazard era, sin embargo, un hombre serio; había hecho sus estudios en la Escuela politécnica, y no rehuía la controversia, y en caso necesario la disputa. Modificando en ciertos puntos la teoría del Maestro, y en otros puntos cubriendo con un velo las desnudeces del comunismo, la religión iba haciendo su camino en medio de la indiferencia general y hasta cierto punto del gobierno, pues éste, convencido de que todas aquellas fantasmagorías eran como las de las nubes, que se deshacen por sí mismas, dejaba decir y hacer, máxime cuando Bazard se deshacía en impropiedades contra Byron, por su indiferentismo político.

El silencio ó la indiferencia por la religión sansimoniana, sólo fué perturbado por Fourier, quien aguijoneado por los celos que le causaba el relativo triunfo de los sansimonianos, publicó el *Nuevo mundo industrial y societario*,—en 1829,—en cuya obra combatía rudamente los errores del sistema filantrópico de Owen, á quien acusaba de haber falseado el sistema de asociación, creando el sistema claustral laico. A esta obra sucedió la que lanzó en contra de los dos reformadores, al notar sus progresos,—en 1831,—con el expresivo título de: *Trampas y charlatanismo de las dos sectas de Saint-Simon y Owen*, burlándose desapiadadamente de sus sentimientos fraternales y de su necio empeño en reducir á todos los hombres bajo un pié de igualdad, cuando la propia naturaleza los había hecho desiguales. Pero esta disputa no tenía trascendencia; pasaba entre iniciados; era una disputa de familia.

Mas hé aquí que llega la cuestión griega al punto crítico; los ánimos se enardecen, las disputas políticas se encrespan y lord Byron, resuelto á redimir su vida de disoluto, se arroja en brazos de la política. Recuérdese lo que hemos dicho de la actividad política de su época; de la actitud de los generales